

**La cuestión crítica y la profesión filológica**  
**Anunciación Carrera de la Red**  
*Universidad de Valladolid*

**Abstract**

Al hilo del debate institucional suscitado por las reformas legislativas entrantes, en consideración también de la pretendida muerte de la Teoría Literaria, planteamos la hipótesis de que la posible amenaza de crisis de los estudios críticos de Literatura sea una constante de la profesión filológica, tantas veces duplicada como irresuelta. En un repaso por las respuestas que en cada momento ha traído a colación la Teoría Literaria, podremos finalmente vincular la crisis con aquellos factores de la subjetividad que operan cuando se produce la inserción de un saber en la estructura universitaria.

A finales del 2002 todos los socios de AEDEAN recibimos un correo enviado por el entonces Vocal 1º Pere Gallardo en el que adjuntaba una breve nota recién publicada por el *New York Times* que alertaba sobre el descenso de un 20% en la oferta de plazas de profesorado de Humanidades en la enseñanza superior norteamericana, siendo ese descenso especialmente sensible en el área de Literatura Inglesa. La realidad del interés que en sí pudiera albergar el reportaje para los especialistas españoles adquiriría máximo relieve justo después de que la situación también incierta de toda la rama de estudios acabara de ser abordada en una sesión especial en su congreso de Santiago. El envío obedecía, sin duda, a la impresión generalizada de que nos encontrábamos inmersos en una situación similar, impresión que a su vez derivaba de la doble presión a la que la mayoría de nuestros departamentos llevaban años sometidos: desde abajo, por un inquietante descenso de matrícula y, desde arriba, por los efectos desconocidos que las inminentes reformas legislativas, nacionales y de convergencia europea, pudieran tener sobre el mundo universitario nacional de Letras. Todos asistimos, si no participamos en él, al agitado

## PROCEEDINGS 31<sup>ST</sup> AEDEAN CONFERENCE

debate que cuatro años después sostuvo la lista de distribución de la asociación sobre el Grado de Estudios Ingleses. Ahora, garantizadas —si bien dudosamente— sus posibilidades de pervivencia, es de temer que el continuismo de los planteamientos que comporta la nueva estructura que va a adoptarse contribuya a reafirmar, para la Literatura y materias afines, una crisis que, por mucho que se consiga soslayar en lo profesional y administrativo (único objetivo aparente del nivel de discusión alcanzado), tenga que retornar tarde o temprano en lo intelectual.

### 1. La recurrencia de la crisis

Para empezar, diré que, en lo que afecta a la Literatura Inglesa, la crisis entraña un factor de recurrencia. Decir esto puede sonar un tanto extraño, cuando hasta la inflación de profesorado y estudiantes de los 90 el crecimiento de nuestra Filología ha sido constante —la mayoría vivimos el *boom* de estudiantes y profesorado de mediados de los 80. Pero hay hechos que, precisamente por ser evidentes, se desatienden. Por ejemplo, puede afirmarse que los antecedentes para la Filología Inglesa española no son nacionales, aunque de la evidencia de ese dato no se ha extraído consecuencia alguna. Muy especialmente en el terreno disciplinar de la Literatura Inglesa, y precisamente desde mediados de los 80, sus antecedentes pueden darse por enteramente anglosajones, más que por europeos y, sin duda, repito, más que por propiamente nacionales. Efectivamente, se estará de acuerdo en que, en el ámbito académico, hoy en día apenas hay influencia del panorama crítico español o europeo sobre el nuestro, de no haber pasado antes por la escuela anglosajona que nutre fundamentalmente nuestras secciones de biblioteca. Pues bien, si se acepta esta evidencia, y si se quiere abordar de forma conveniente el problema actual, convendría entonces prestar atención a las implicaciones que el hecho en sí pueda tener.

Y es en ese sentido en el que puede decirse que la crisis que ahora aflora en España es recurrente, pues al hacerse nuestra enseñanza universitaria en su organización futura heredera del modelo anglosajón, recibe necesariamente el legado de lo que de falla estructural pueda tener éste, algo que, sostengo, viene ocurriendo ya con los paradigmas anglosajones importados desde los 80. Por eso, ¿por qué no observar la

## ANUNCIACIÓN CARRERA DE LA RED

respuesta crítica (e institucional) que esos paradigmas han dado cuando se han desencadenado períodos críticos semejantes a éste? Quizás con arreglo a ello, se pueda aprender algo sobre nuestro caso, pues lo que interesa es acercarse en algo a la verdadera naturaleza de una crisis disciplinar, que, tal y como mostraremos en una próxima ocasión, pese a que en los debates se reduzca a asuntos meramente coyunturales y administrativos, parece ahondar sus raíces en el terreno más profundo de la subjetividad.

No es extraño entonces que algunos quieran olvidar que tal recurrencia existe, cuando no desechar por completo la adecuación del término *crisis* para identificar la situación de los últimos tiempos. El mencionado artículo del *New York Times* señalaba la fecha de 1995 como punto de arranque de la curva descendente, dejando en poco más de una década la existencia de la recesión de los estudios universitarios de Literatura en el país. Es de todos sabido, sin embargo, que en los Estados Unidos la demanda de profesorado académico de Literatura Inglesa había decrecido ya en los 60, acompañándose al ritmo descendente de la matrícula en los *majors* de Literatura, y que esa tendencia se vio renovada a lo largo de la era Reagan. Sin despreciar en absoluto lo que de significativo tiene ese supuesto olvido, mejor será de entrada escuchar a quienes sí observaron signos de reiteración de esa crisis. Adoptaron dos posturas básicas: el sector más conservador atribuyó la crisis a la irrupción en los departamentos norteamericanos de la Deconstrucción y de la Teoría Literaria (desde que Walter J. Bate en 1982 y el debate que abrió incitara a Paul de Man a publicar *The Resistance to Theory* cuatro años después); el más radical hizo memoria de las nuevas condiciones socio-económicas de la posguerra y de la responsabilidad política de quienes dirigen la Universidad por derroteros científico-técnicos vinculados a la feroz y rugiente economía de mercado, siguiendo la estela retórica e ideológica marxista marcada por Richard Ohman en 1976.

Esta última interpretación socio-económica tendría más visos de encajar en nuestro caso, pues es innegable que el descenso de matrícula en Filología Inglesa en nuestro país y la atención creciente que sus departamentos han dado a la Lingüística Aplicada en detrimento de la Literatura (hecho coincidente en su arranque, por cierto, con mediados de los 90) poco tuvo que ver con la llegada de la Deconstrucción derrideana a nuestros departamentos. Pero tampoco

## PROCEEDINGS 31<sup>ST</sup> AEDEAN CONFERENCE

podemos hacer recaer la responsabilidad de los síntomas de retroceso de la Literatura en el abrazo que han querido dar las otras ramas filológicas a la aplicación más pragmática de su saber. Factores de ambivalencia de la profesión en sí al margen (más tarde los destacaré), existe además otro factor clave para explicar lo que atañe a la Literatura en inglés y su más que seguro puesto relegado en nuestra Universidad del 2010, un factor que está vinculado a la subjetividad y a aquellos de sus factores que intervienen cuando se produce la inserción de un saber en la estructura universitaria.

Así pues, planteada aquí la hipótesis de que tal estado crítico sea más bien una constante de la profesión, tan múltiplemente duplicada, como irresuelta, extraeremos primero ciertas constantes que presentan todas las crisis mencionadas, a saber, la general de la década de 1960, la de los 80 en Norteamérica fundamentalmente, y la de en torno al 2000, a uno y otro lado del Atlántico. En atención a ellas, repasaremos las respuestas que a colación ha traído la Teoría Literaria de las tres últimas décadas, para por fin anticipar a modo de colofón una serie de cuestiones abiertas a la consideración de todos.

### 2. Sus constantes

Doy comienzo extrayendo las constantes de las crisis mencionadas, que resumimos en tres muy sencillas:

1. que dentro de la institución universitaria, tal estado ha afectado antes, y afecta en este tiempo, primordialmente a las Letras, y dentro de ellas, a las secciones de Literatura;
2. que la cuestión se plantea y sus conflictos se dirimen, antes y ahora, casi exclusivamente en base a asuntos económicos y administrativos;
3. que la discusión sobre lo que son o lo que deberían ser los estudios de Humanidades o de Literatura parece atenderse sólo ante la amenaza, manifiesta o latente, verdadera o ficticia, de su desintegración.

### 3. Respuestas teóricas

Las dos primeras saltan a la vista. Son aspectos, que no por evidentes, dejan de ser complejos. Su dilucidación concitó los esfuerzos intelectuales de quienes, para tratar el lugar precario de la Literatura en la actualidad universitaria, secundaban el análisis de Marx sobre las crisis cíclicas y la vinculación del discurso a los intereses del sujeto en el seno de las sociedades capitalistas. En cuanto a la Deconstrucción, está claro que, para ella, ocuparse de la acción política directa no tenido ningún interés, esforzada como estaba en dejar al descubierto la trama conceptual oculta del pensamiento institucionalizado, que no es cosa de poco. Pues bien, con respecto a la primera postura, no se puede negar que existe un claro factor de retorno de algo silenciado en la manifestación de estas fases críticas. Ahora bien, bien se ha podido decir que en lo que respecta a la resolución de las crisis en el mundo de las Letras, la legítima reivindicación marxista no ha logrado ofrecer ningún resultado claro, ni mucho menos propiciado las soluciones de reparación práctica merecidas. Al mismo tiempo, y en lo que respecta al vínculo visible de la Deconstrucción con la Universidad (el del propio Derrida incluido), dejando al margen vías alternativas como el *Collège International de Philosophie*, ese modelo crítico nunca se apartó en la práctica de las relaciones básicas que vertebran el discurso universitario, si bien se deduce a través de los años que supo amoldarse a ellas sin demasiados escrúpulos. En realidad, se diría que ambas posturas, la marxista y la deconstruccionista, convergen en su tensión con la pragmática y en su inhibición con respecto a los efectos de su propio discurso. Un par de ejemplos podrán ser suficientes.

Muy pocos dudan de que el *English in America* de Richard Ohman rompió el conformismo crítico al desvelar la estructura de la economía de producción que subyace a las organizativas y curriculares de la institución universitaria. Sospechamos, sin embargo, que serían ellos mismos los primeros en reprochar que ningún cambio efectivo se haya operado desde que apareció el libro. Al menos sus formulaciones eran bien claras. Más complicada de entender es la llamada al performativo del *como si* universitario, que se puede leer en *La universidad sin condición* de Jacques Derrida (2001), sobre todo porque, desde mi punto de vista, sume a la Teoría en la angustia real del qué hacer con su deseo. Es lo que ocurrió recientemente en la ‘cumbre interdisciplinaria

## PROCEEDINGS 31<sup>ST</sup> AEDEAN CONFERENCE

de las ciencias humanas' que convocó *Critical Inquiry* en abril de 2003, que sintomáticamente no hizo sino enmudecer, cuando en medio de las manifestaciones de indignación por la tensa situación política internacional del momento, un estudiante interrogó a la congregación sobre qué había hecho la Teoría Literaria para evitar la invasión de Irak. Da toda la impresión de que desde que hay profesores de Teoría Literaria, mejor dicho, desde que hay quienes *profesan* la Teoría Literaria, al modo de decir de Derrida en *La Universidad sin condición*, éstos tengan que verse necesariamente condenados a asumir lo performativo en el mundo que les rodea, como si se tratara de la más entregada de las vocaciones (aunque Derrida pretenda eludir ese efecto, es el que opera finalmente).

La pregunta es, si nuestras denuncias del sistema se siguen produciendo mientras nos mantenemos aferrados a él, si al fin y al cabo hemos de ser los profesionales de la Crítica los humanistas que hemos profesado no ser cuando leemos, ¿qué lugar nos aguarda en la Universidad 'de la excelencia', que no sea el de la confusión?

### 4. La profesión y sus contrarios

Mal que nos pese, el silencio que se abrió tras la demanda del estudiante responde en buena medida al elemento ambivalente que para un considerado anti-teórico, Stanley Fish, constituye por definición el concepto mismo de *profesional*, que es lo que finalmente somos quienes trabajamos en el entorno universitario. A partir de *The Culture of Professionalism* (1978) de Burton Bledstein, Fish (1983) reformuló la ambivalente contradicción que este último distinguía en el ideal profesional. Decía Bledstein: el prestigio social (siempre asociado al cargo y al dinero) y el saber especializado (técnico, científico o intelectual), por su individualismo, son ideales que no pueden conciliarse con la consagración al servicio comunitario de la que todo profesional se precia. Fish, por su parte, redujo las argumentaciones de Bledstein afirmando que es el propio concepto de *profesión* el que guarda en sí su contrario, de suerte que puede considerarse la norma el que en un debate entre un profesional (así se refiere en su discurso a los teóricos) y un humanista, cada quien asuma sin problema la posición del otro según convenga. Decía Fish "Anti-professionalism is

## ANUNCIACIÓN CARRERA DE LA RED

professionalism itself in its purest form” (106), y pienso que bien podría decirse lo contrario: que el crítico profesional (el teórico) es el humanista en su forma más pura.

Con arreglo a este juego de contrarios, y en vista de todo lo anterior, con la mirada puesta en el papel futuro de la Literatura y la Crítica en la Universidad española del 2010, procede recordar una de las reflexiones más tempranas sobre la crisis de los estudios de Literatura de los 80, la cual debemos a Gerald Graff. Aun sin haber publicado el que sería su gran éxito (*Professing Literature*, 1989) escribió “The Prevention of Culture”, donde caracterizó singularmente el *modus operandi* de los departamentos universitarios cuando se ciernen sobre ellos dificultades económicas y se supone en peligro su pervivencia. Decía Graff que en esas circunstancias será una facción de las que hasta entonces lo han integrado la que tendrá que asumir el peso de la crisis por medio de la exclusión y que no es nada infrecuente que se aprovechen las reformas curriculares para arrinconar determinado paradigma y para dotar a otro de mayor capacidad de contratación. Advertía sobre cómo la eliminación en las pruebas de contratación de los “elementos conflictivos” suele ser el método de marginación más directo, aunque también se suele aplicar un método alternativo que desemboca en idéntica escena de segregación: permitir que el grupo sobre el que se hace recaer la responsabilidad de la hipotética desintegración departamental continúe en el departamento, si bien obstruido en su actuación académica y en su participación presupuestaria. La “no intervención” suelen encubrir esos actos de silenciamiento: se dice estar asistiendo a la fase de declive que propiamente sigue a la que de auge haya tenido esa tendencia, sea cual fuere, tradicional o heterodoxa. La culminación de todo ello, escribía Graff, suele ser una escena “aparente” de estabilización institucional, que rubrica la neutralización del paradigma conflictivo.

No cabe duda de que esta descripción resultará familiar a muchos. Pero una vez más temo que nos encontramos ante una enunciación sin efectos. La cuestión que parece ser por todos obviada no es de qué forma actúa el otro para excluirnos, como efectivamente puede comprobarse que se hace en la práctica, ni siquiera de qué forma cada uno incluye en sí a su contrario, como efectivamente demuestra la vida cotidiana. Se trata en realidad de averiguar de qué forma participa cada individuo o cada grupo de esa exclusión de la que se considera

## PROCEEDINGS 31<sup>ST</sup> AEDEAN CONFERENCE

víctima. Y aquí es donde debe retomarse la tercera de las constantes que dejamos por analizar: el miedo a la desaparición que obliga a algunos a definirse frente al otro, aun actuando contrariamente a su voluntad declarada, sin atreverse a mirar su propia quiebra. ¿No es así como hemos creído solventar la hipotética desaparición de la Filología Inglesa en España con respecto a otras disciplinas con las que preferiríamos no compartir espacio?

### 5. Cuestiones pendientes

Verdaderamente es difícil eludir a diario determinadas cuestiones. Pero me parece de interés crucial para el debate futuro saber si el profesor de Crítica, de Lingüística, de Cultura, se identifica con el ideal profesional o con su contrario y qué conlleva tal o cual cosa; si su discurso se corresponde o no con el verdadero lugar que ocupa en el entorno académico; cuál es su percepción del lugar del saber y de la vinculación de éste con el discurso universitario; si conoce en qué grado participa del discurso del saber universitario y de qué forma le vincula éste último a la crisis. Todo ello implica no eludir la responsabilidad del sujeto ante su discurso. Y para eso, ni la postura marxista basta (describe la dependencia de las estructuras, pero ignora su vinculación subjetiva), ni la deconstruccionista tampoco (finalmente vencida de ideales), ni tampoco la anti-teórica (describe la ambivalencia de humanismo y pragmatismo, pero mutila su alcance —Fish mismo confesó tres años más tarde en “Anti-Professionalism” que se declaraba incapaz de definir la profesión).

La única esperanza parece ofrecerse de manos de aquellos que, aun inspirados por el pensamiento de la estructura económica, han sabido desembarazarse del axioma de que en la sociedad capitalista dichos intereses del sujeto sean enteramente mercantiles. Se trata de algo que hoy día puede leerse, por ejemplo, en la obra del lingüista y pensador Jean-Claude Milner, pero que indudablemente había sido autorizado por vez primera en los escritos y seminario de Jacques Lacan, concretamente en *El reverso del Psicoanálisis*, el famoso seminario del curso 1969–1970, réplica a los acontecimientos del 68. En la derivación que hizo del concepto de plusvalía de Marx para definir el concepto psicoanalítico de *plus-de-goce* encuentro la clave para indagar en

## ANUNCIACIÓN CARRERA DE LA RED

las posibles servidumbres adquiridas por el profesor de Literatura ante el discurso de la Universidad.

Que para orientar hacia una salida posible me inspire en la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan quedaría casi cómicamente justificado por el carácter cuasi-patológico de la reincidencia, no sólo de la crisis, sino de las circunstancias en que prácticamente de modo invariable se producen las mismas. Cuando se trata de qué hacer con la Literatura, la cuestión no es no hacer Teoría, sino no hacer una teoría sin efectos. Plantear si esto es posible requiere que, por el momento, el asunto sea abandonado.

### Referencias

- Bate, W. J. 1982. "The Crisis in English Studies". *Harvard Magazine* 84: Sept.-Oct. 46–53.
- De Man, P. 1986. *The Resistance to Theory. Theory and History of Literature* 33.
- Derrida, J. 2002. *Universidad sin condición*. Traducido por C. de Peretti y P. Vidarte. Mínima Trotta. Madrid: Trotta. (*L'université sans condition*. París: Galilée, 2001).
- Fish, S. 1983. "Profession Despise Thyself: Fear and Self-Loathing in Literary Studies". *Critical Inquiry* 10. 349–364.
- . 1985. "Anti-Professionalism". *New Literary History* 1. 89–108.
- Gallardo, P. 2003. "[aedean] futuro de la filología inglesa". E-mail a AEDEAN. 16 de diciembre.
- Graff, G. y R. Gibbons. Eds. 1985. *Criticism in the University*. TriQuarterly Series on Criticism and Culture 1. Evanston, IL: Northwestern University Press.
- . 1989. *Professing Literature: An Institutional History*. Chicago: University of Chicago Press.
- Miller, J. A. Ed. 1992. *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 17: El reverso del psicoanálisis, 1969–1970*. Traducido por E. Berenguer y M. Bassols. Barcelona: Paidós. (*Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre XVII: L'envers de la psychanalyse*. París: Seuil, 1975).
- Milner, J. C. 2003. *El salario del ideal: La teoría de las clases y de la cultura en el siglo XX*. Traducido por E. Folch González. Barcelona: Gedisa. (*Le salaire de l'idéal. La théorie des classes et de la culture au XX<sup>e</sup> siècle*. París: Seuil, 1997).
- Ohman, R. 1976. *English in America: A Radical View of the Profession*. Oxford: OUP.
- Said, E. 1983. "Response to Stanley Fish". *Critical Inquiry* 10. 371–373.